

Los días 23 y 24 de junio fuimos testigos de un hecho impactante que mantuvo en vilo a la comunidad internacional. Durante unas 24 horas asistimos a la rebelión de los mercenarios del Grupo Wagner, con su dueño, Prigozhin a la cabeza, contra Rusia. Perdonen pero para mí la denominación de PMC (Private Military Company / Compañía Militar Privada) con la que suelen designarse a estas “empresas”, me parece la forma “políticamente correcta” de llamarlos y a mí me gusta llamar a las cosas por su nombre.

Quizás nunca sepamos la realidad de los entresijos de lo sucedido durante esta rebelión pero lo que sí nos ha mostrado es la debilidad del régimen dictatorial de Putin frente a uno de sus oligarcas. Se supone que el Grupo Wagner es una PMC (ya saben, mercenarios) como muchas de las que han proliferado en todo el mundo. Desde su creación en 2014, por Dmitri Utkin (un oficial ruso con simpatías por el nazismo), ha servido fielmente a los intereses de la Rusia de Putin en los escenarios donde no era conveniente mostrar públicamente su intervención y se enmascaraba bajo las actividades de una empresa privada. Esto se conoce como la “negación plausible”, con la que altos funcionarios en una cadena de mando negarán cualquier conocimiento o responsabilidad de cualquier acción condenable cometida por miembros dentro de su jerarquía en la organización. Esto no deja de ser una ironía, porque en Rusia este tipo de empresas “no existen” ya que es ilegal su contratación.

Los Wagner se estrenaron en Ucrania, durante la anexión ilegal de Crimea en 2014. Con sus uniformes verdes sin insignias simulaban ser milicianos autóctonos. Después han estado presentes en Siria, Libia, Sudán, Mali, Burkina Faso, Chad y República Centroafricana, extendiendo sus redes en infinidad de intereses y negocios con los que autofinanciarse y pagar el peaje correspondiente al que todo lo consiente como buen entramado oligárquico. De nuevo han estado en Ucrania desde el comienzo de la invasión el 24 de febrero de 2022, y ya entonces fallaron al intentar asesinar a Zelenski y han protagonizado avances al tomar enclaves ucranianos pero han “brillado” especialmente en lo que mejor se les da: atemorizar a la población civil y llevar a cabo crímenes de guerra.

No creo, como algunos han llegado a decir, que esta rebelión de 24 horas podría haber acabado en una guerra civil, pero como dije anteriormente Putin no sale bien parado con todo lo sucedido. Los mismos mercenarios que se jactaban de tomar Bajmut tras 10 meses de asedio, tardaron unas pocas horas en situar sus columnas a 200 km de Moscú. Putin fue el primero en abandonar Moscú en su avión y muchos de los oligarcas lo emularon y huyeron ante la inquietud por las siguientes horas al avance de Prigozhin. Pero, ¿cómo se llegó a una situación como esa?

Tras meses de desencuentro entre los responsables de las Fuerzas Armadas rusas y Prigozhin, el líder mercenario decidió marchar sobre Moscú declarando que era una “marcha por la justicia”. Acusaba a

Shoigú (ministro de Defensa) y a Guerásimov (jefe del Estado Mayor de la Defensa y comandante en jefe de las fuerzas desplegadas en Ucrania) de no facilitarle municiones e incluso de atacar a sus posiciones. El detonante de esta huida hacia adelante había sido que, al parecer, en el difícil equilibrio entre los diversos ámbitos de poder dentro del Kremlin, Putin había tomado partido finalmente por la postura de Shoigu (que miren por donde, también tiene una PMC llamada Patriot), que obligaría, con la fecha límite del 1 de julio a los de Wagner a firmar un compromiso explícito de subordinarse a la autoridad del ministerio de Defensa. Esto significaba la pérdida del control de sus fuerzas para Prigozhin.

Los Wagner se hacen con el control de la ciudad fronteriza de Rostov del Don (sede del cuartel general de las fuerzas rusas desplegadas en el sector de Donetsk) en la madrugada del 24 tras entrar en territorio ruso sin encontrar oposición por parte de las unidades rusas. Después envió varias columnas de combatientes (unos 5.000) camino de Moscú por una autopista, sin ser detenido por las fuerzas armadas rusas, que lo más que llegan a hacer es crear algunos obstáculos improvisados en las cercanías de la capital. Esta “aventura” no pudo realizarse sin la connivencia, ineptitud o pasividad de múltiples elementos de la Guardia Nacional, del Servicio Federal de Seguridad (FSB) y de la población civil. La máquina militar rusa no pudo arrasar al grupo Wagner que amenazaba a la capital y queda en muy mal lugar tras llevar mucho tiempo mostrando su incapacidad en Ucrania.

En medio de todo este sinsentido, debemos creer que el presidente de Bielorrusia, Lukashenko, ha sido el ángel salvador de esta crisis y se ha convertido en el mediador que la ha resuelto por su amistad con los dos protagonistas del desencuentro: Putin y Prigozhin. Permítanme que les diga que no me lo creo. Somos conscientes de que Lukashenko es el perrito faldero de Putin y no da un paso sin el beneplácito de su amo.

Al final, Prigozhin frenó su avance, replegándose y accediendo a encontrar refugio en Bielorrusia. Y Putin, que les había acusado de traidores, abandonaba emprender acciones legales contra Prigozhin. Si no quiere que aumente su imagen de debilidad tras la rebelión, no es extraño imaginar que probablemente Putin le depare a Prigozhin un futuro similar al dado a los oligarcas y opositores que anteriormente han cuestionado su poder, aunque incluso enmascare su eliminación como un accidente. Dejar a Prigozhin sin castigo sería una muestra más de pérdida del control.

Y es que la privatización de la guerra es uno de los mayores peligros a los que se enfrentan el derecho internacional y los derechos humanos. Cuando un estado soberano externaliza determinados servicios con mercenarios están, literalmente, jugando con fuego. Lo sucedido con el Grupo Wagner es un buen ejemplo de lo peligroso que puede ser esa privatización de la guerra que, a mi entender, debería estar siempre en manos de los estados. Es inaceptable dar un poder como ese a corporaciones privadas.